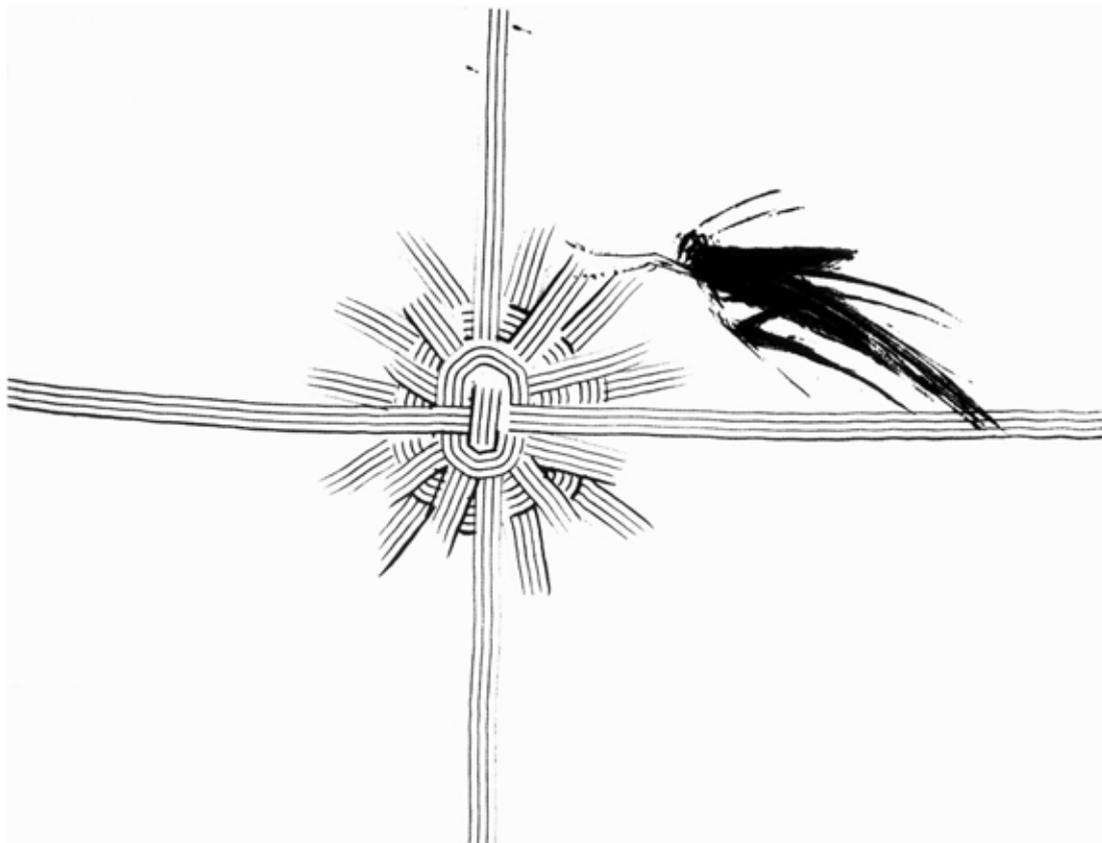


A través del espejo

Grillos

Hugo Hiriart



Francisco Toledo, *Álbum de zoología*

“A los animales pequeños sólo se los puede ver con exactitud cuando se encuentran a la altura de los ojos; cuando uno se inclina sobre ellos en el suelo y allí los contempla, adquiere de ellos una idea falsa e incompleta”. Este enunciado metodológico habría sido suficiente para inmortalizar a Kafka. Implica la comprensión de la realidad de un insecto; implica también, y esto puede ser más importante, que un insecto es algo que podemos *no entender*; el arte de Kafka está entero en esta posibilidad de incompreensión e indiferencia. Canetti relaciona —¿entre qué cosas podrá decirse que no hay relación?— la observación de Kafka con los chinos (que, como se podría maliciar, son grandes conocedores en materia de animales diminutos), en una digresión (la única del libro) cuyas sorprendentes noticias acerca de los grillos es preciso divulgar.

Principiemos así: en el periodo Tang se criaban grillos en pequeñas jaulas para es-

cuchar su canto; esta astucia permitía alzar hasta la altura de los ojos, como había prescrito Kafka, a la soprano o al tenor. Hasta este momento todo va bien; la opacidad arranca de que a algunos de estos animalitos “se les confería el nombre de un caudillo de la historia china, porque existía la creencia de que el alma de ese caudillo tenía, a partir de entonces, su sede en el grillo”. Esta devoción alcanza su apoteosis en la época Sung, cuando los grillos propiciaron la catástrofe y la ruina; sucedió así: “Durante la época Sung se hizo costumbre criar grillos a los que se preparaba e incitaba a la lucha. El poseedor de un grillo famoso ofrecía sangre de su propio brazo a los mosquitos, y una vez que estos habían chupado hasta saciarse, los trituraban y los ofrecían como carne picada al grillo, para aumentar su combatividad. Por medio de pinceles especiales se excitaban en el insecto los deseos de lucha, y luego, acurrucándose o estirán-

dose en el suelo, se contemplaba la lucha de los grillos”. Es decir, como dictaminaba el siempre puntual Kafka, se veía a los animalitos gladiadores a la altura de los ojos.

Pero se dio un día el desquite de los grillos, cantores amorosos y enjaulados guerreros: “Cuentan que en la época en que el imperio de los Sung fue conquistado por los mongoles, el generalísimo de los ejércitos chinos se hallaba boca abajo en el suelo contemplando una lucha de grillos, cuando le fue transmitida la noticia del cerco de la capital por el enemigo y el inminente peligro que se cernía sobre ella. El general no fue capaz de separarse de los grillos; tenía que ver primero cuál era el vencedor. Cayó la capital, y así terminó el imperio de los Sung”.

Ya dijo Balzac que tanto vale la caída de un guante de mujer como la de un imperio. ¿Quién arroja la primera piedra sobre el general chino? **U**